

Somos quizá ante todo animales poéticos¹

Quem sabe, somos, antes de tudo, animais poéticos

DOI:10.18226/21784612.v29.e024001

Michèle Petit²

Resumen: La autora echa la vista atrás a su trayectoria, a lo que ha aprendido a lo largo de más de treinta años, interesándose en las formas de leer (o de no leer) de sus contemporáneos. Con las reflexiones de Michel de Certeau como referencia teórica, recuerda cómo se puso del lado de los lectores, esforzándose en prestar atención a sus formas de apropiarse y de representarse un libro, un texto escrito o una biblioteca. Narra cómo profundizó en el análisis de la importancia de la literatura, desde la más tierna edad, para construir un espacio donde descubrirse y simbolizar su experiencia. Cuenta a continuación como se interesó en experiencias literarias compartidas que reunían a personas que habían vivido muy alejadas de la cultura escrita : lugares de “educación informal”, talleres en los que la lectura de obras literarias y el arte jugaban un papel clave, diseñados para víctimas de catástrofes, poblaciones desplazadas, jóvenes desvinculados de las filas de la guerrilla o de los grupos paramilitares, drogadictos en las calles, niños víctimas de violencia intrafamiliar, mujeres con bebés en situación de gran pobreza... Los desarrollan docentes que intentan hacer algo fuera del marco académico habitual, o bibliotecarios, promotores de lectura, a veces psicólogos, artistas, narradores, etc. La autora analiza su arte de hacer, de considerar a los niños, los adolescentes (y también los adultos) en su dimensión sensible, psíquica, física, y no solo cognitiva. Evoca por fin como reflexionó sobre la transmisión cultural, socavada en muchas familias: cuando la lucha por la supervivencia, o el trabajo, acapara el tiempo cotidiano, a los niños les falta una etapa decisiva para integrar los diferentes registros de la lengua: aquella en la que, muy temprano, uno está iniciado en un uso de las palabras tan vital como “inútil”, gratuito, muy cerca de la vida, de las sensaciones, de las emociones, del placer compartido; muy lejos

¹ Para manter a fidelidade ao texto recebido, estão mantidas as notas de rodapé postas pela autora. Ao final do artigo, constam as referências.

² Antropóloga, ingeniera de investigaciones honoraria del Centro Nacional para la Investigación Científica (CNRS), París, Francia. © Michèle Petit 2019. Los temas de esta conferencia están desarrollados en el libro *Somos animais poéticos* que se publicará en portugués en el primer semestre de 2024 por Editora 34. E-mail: michele.petit6@wanadoo.fr

del control y de la calificación. Todo aquello que ha estudiado la ha convencido de la importancia de la literatura, oral y escrita, que responde a una necesidad antropológica.

Palabras-llave: Antropología de la lectura. Educación por el arte. Mediación cultural. Transmisión cultural. Contextos críticos.

Resumo: A autora retoma a sua trajetória, o que aprendeu ao longo de mais de trinta anos, interessando-se pelas formas como seus contemporâneos leem (ou não leem). Com as reflexões de Michel de Certeau como referência teórica, ela lembra como se colocou ao lado dos leitores, esforçando-se para prestar atenção às suas formas de apropriação e representação de um livro, um texto escrito ou uma biblioteca. Narra como aprofundou a análise da importância da literatura desde a infância, construindo um espaço para se descobrir e simbolizar sua experiência. Em seguida, ela conta como se interessou por experiências literárias compartilhadas que reuniam pessoas que tinham vivido muito distantes da cultura escrita: lugares de “educação informal”, oficinas em que a leitura de obras literárias e a arte desempenhavam um papel fundamental, concebidos para vítimas de catástrofes, populações deslocadas, jovens desvinculados de grupos guerrilheiros ou paramilitares, dependentes químicos nas ruas, crianças vítimas de violência doméstica, mulheres com bebês em situação de extrema pobreza... Essas experiências são conduzidas por educadores que tentam fazer algo fora do contexto acadêmico tradicional, ou bibliotecários, promotores de leitura, às vezes psicólogos, artistas, narradores, etc. A autora analisa sua arte de fazer, considerando crianças, adolescentes (e também adultos) em sua dimensão sensível, psíquica, física e não apenas cognitiva. Por fim, ela relembra como refletiu sobre a transmissão cultural, debilitada em muitas famílias: quando a luta pela sobrevivência ou o trabalho ocupa o tempo cotidiano, as crianças perdem uma etapa importante para integrar os diferentes registros da língua. Essa etapa é aquela em que, desde muito cedo, alguém é iniciado no uso das palavras tão vital quanto “inútil”, gratuito, muito próximo da vida, das sensações, das emoções, do prazer compartilhado; muito longe do controle e da qualificação. Tudo o que ela estudou a convenceu da importância da literatura, oral e escrita, que atende a uma necessidade antropológica.

Palavras-chave: Antropologia da leitura. Educação pela arte. Mediação cultural. Transmissão cultural. Contextos críticos.

¡Buenos días a todas y a todos! Antes que nada, quisiera agradecer muy calurosamente a Adair de Aguiar, a Flavia Ramos y a sus colegas de la Universidad do Vale do Itajaí por haberme

invitado a pronunciar una conferencia. Agradezco también a Santiago Yubero del CEPLI, así como a Carlos Mota por traducir buena parte de esta conferencia. Agradezco, finalmente, a todos ustedes que están aquí.

Adair y Flavia me han dado carta blanca en cuanto al tema que iba a tratar y me dije que sería una buena ocasión para echar la vista atrás a mi trayectoria, a lo que he aprendido a lo largo de más de treinta años, interesándome en las formas de leer (o de no leer) de nuestros contemporáneos. Es la oportunidad de contarles cómo, a lo largo de los años, entendí que la literatura, oral y escrita, respondía a una necesidad antropológica, una exigencia vital. Dicho así, obviamente, suena muy abstracto, pero no se preocupen, voy a ser más explícita.

De “la integración social” a los sujetos lectores

Casi por casualidad, al principio de los años 1990, inicié unas investigaciones sobre la lectura en respuesta a una petición del Ministerio de Cultura de Francia. Con unas colegas conseguimos un primer contrato para estudiar la lectura en el medio rural y, unos años después, otro cuyo título era: “Integración social y ciudadanía. El papel de las bibliotecas municipales”. En una época en la que repuntaba el desempleo y se intensificaban los procesos de segregación, los poderes públicos llamaban al rescate a la cultura para reparar algunos de los desaguisados provocados por la economía. Esperaban en particular que los docentes y los bibliotecarios inculquen una cultura común, una “identidad”, capaces de “cimentar”, como ellos decían, una sociedad – como si los humanos fuesen piedras.

No les voy a ocultar que no me entusiasmaba dar respuesta a tal petición, al menos al principio. Para mí, la cultura no era un monumento, un tótem ni una bandera en torno a la cual hubiera que cerrar filas; era algo de lo que cada cual se apropia, reconfigura, altera. Mi referencia teórica eran las reflexiones de Michel de Certeau para quien los lectores no eran páginas blancas en las que se imprimía el texto, sino que son activos y desarrollan toda una actividad psíquica: se apropian de lo que leen, interpretan el texto y deslizan sus deseos, sus sueños y sus angustias entre las líneas.

Certeau enmarcaba la antropología de la lectura en la historia concreta de los lectores reales, mientras que la crítica literaria glosaba sobre “el” lector, un lector abstracto; y el sistema escolar, por su parte, imponía casi siempre *una* lectura sin querer saber de los lazos establecidos por los lectores en su lectura subjetiva.

A mí me interesaban esos lazos, la manera en la que el mundo interior se recompone al encontrar un texto, o incluso en ocasiones una sola frase. Podría tratarse del eco de alguna inquietud de la infancia: mis padres eran grandes lectores, yo los veía leer día tras día y perderse en ensoñaciones y me preguntaba dónde tendrían la cabeza, dónde se habían marchado. Mucho tiempo después, mis inquietudes se transformaron en un tema de investigación: quería comprender qué provocaba el encuentro con un libro, esa vida interior que se me escapaba. Todo trabajo “científico” es una autobiografía disfrazada.

Así pues, me puse del lado de los lectores, me esforcé en prestar atención a sus formas de leer, de apropiarse y de representarse un libro, un texto escrito o una biblioteca. A sus experiencias, a lo que experimentaban, lo que sentían, a cómo se transformaban, más o menos. Recuerdo el asombro de mis colegas cuando les dije que lo que me interesaba eran las experiencias de los lectores y de las lectoras. Retrocedían como si hubiera pronunciado palabras obscenas, luego preguntaban, nerviosos: “¿‘Experiencias’? ¿No prefieres utilizar otra palabra? ¿Y cómo vas a aprehender estas ‘experiencias’, siguiendo qué método?” Su desconfianza redoblabla cuando les decía que iba a escuchar a las personas hablar, o leer lo que habían escrito, prestar atención a estos actos de narración por medio de los cuales intentaban transmitir una vivencia que se resiste o se evade.

Rápidamente, dichos lectores me recordaron ciertas evidencias: en nuestras sociedades, no es frecuente leer para mejorar el rendimiento escolar, agruparse en una nación, brillar en los salones, o desarrollar aptitudes cognitivas; a quienes escuchaba leían, más bien, para acercarse a esa parte del ser más secreta, la más singular y la mejor compartida, la de los deseos, las sensaciones, las emociones, los miedos. Buscaban ecos de lo que habían vivido de manera oscura, indecible, y que a veces se revelaba, se explicitaba de manera luminosa y se transformaba gracias a una historia, un

fragmento o una frase. Abrían los libros para leerse y para “leer” mejor este mundo enigmático que los rodeaba. Leían porque sentían una necesidad vital de una otra dimensión, de un otro espacio en el que construir un sentido.

No voy a repetir lo que consta en mis libros pero si pienso en lo que me ha sorprendido más durante aquellas primeras investigaciones, quizá sean todas esas personas que hablaban de espacio. Muchos experimentaban un sentimiento de exclusión a causa del desprecio social de que eran objeto y de la falta de oportunidades que se les ofrecían. Más aún, posiblemente, sufrían por sentirse encerrados, relegados a barrios estigmatizados. Era como si el exterior les fuera negado. No obstante, “es solo cuando uno tiene acceso a un exterior que uno se puede sentir en casa”, como lo escribe Jean-Christophe Bailly³.

Lo que los jóvenes con quienes hablé hallaron en los libros, en especial en las obras literarias, fue un espacio donde elaborar un lugar en el mundo. ¿Qué decían? Algunos comparaban estos objetos con un refugio, algo muy físico. Por ejemplo, decían: “Los libros eran mi casa, mi hogar, siempre estaban allí para acogerme”. Los escritores de quienes yo leía memorias anotaban con frecuencia elementos cercanos, tal como Jeannette Winterson a quien sus padres habían dejado en la calle durante su adolescencia: “Para mí los libros son un hogar. (...) En el interior, descubres un tiempo y un espacio diferente. También se desprende calor de ahí, como de una chimenea. Me siento con un libro y ya no tengo frío. Lo sé desde las noches heladas que pasé a la intemperie”⁴.

Así es como tomé conciencia del papel que podía desempeñar la lectura de textos literarios para los exiliados que habían perdido su casa y los paisajes en los que habían crecido, para quienes, además, eran objeto de una xenofobia abierta o enmascarada. Como Abilio Estévez, al referirse al tiempo en que, tras haber emigrado, dormía en el suelo, en casa de amigos: “En aquella época, leí todo lo que podía, era la única manera de encontrar un lugar”⁵.

³ “Athènes par ses fenêtres”, en: Ianna Andreadis, *Fenêtres sur Athènes*, Atenas, AGRA, 2016, p. 10.

⁴ Jeanette Winterson, *Pourquoi être heureux quand on peut être normal?* Paris, Ed. de l'Olivier, 2012, p. 79

⁵ *Libération*, 11/10/2012.

Sin embargo, los libros, y particularmente las obras literarias, no constituyen únicamente refugios, algo que ya sería mucho en el mundo tan brutal en el que vivimos. Notemos que no era con una fortaleza, un bunker o una casa de piedras o ladrillos, con lo que estos jóvenes o estos escritores comparaban la lectura. A veces era con un nido o, de manera recurrente, con una cabaña: “Leía, era como si estuviera en una cabaña en un árbol”. No importa que sea construida en tablas, ramas o paja, la cabaña permite la entrada de cantos, gritos y perfumes del bosque, respira. Es un espacio íntimo donde se percibe lo remoto y se sugiere un más allá.

Para muchos, la lectura era algo envolvente que protegía, pero sin cortar con el mundo. Por el contrario, permitía que entrara, dando lugar a ese exterior del que se sentían tan a menudo privados. Otros comparaban los libros con un espacio mucho más grande que una casa. Evocaban unos paisajes que se elevaban a su alrededor al leer. O decían: “los libros son una tierra para asilarse”, o “la lectura es mi país”, o incluso: “Para mí, un libro es un cuadro, es un universo, un espacio en el cual se puede evolucionar”.

Según ellos, lo esencial de la experiencia de la lectura era esa construcción de un espacio íntimo, donde cada uno, no obstante, se relacionaba con los otros por una multiplicidad de lazos. Un habitáculo que permitía delimitarse, percibirse como separado, diferente de lo que le rodeaba a uno, capaz de un pensamiento independiente, donde comenzar a elaborar o reconquistar una posición de sujeto. Un lugar que abría un margen de maniobra, que permitía un nuevo despliegue de lo posible.

Porque las historias que leían, que escuchaban leer o que, incluso, apenas hojeaban, ayudaban a estos jóvenes a revelar regiones de sí mismo que hasta entonces eran indecibles, a darles una forma simbolizada, compartida, y a transformarlas. Relanzaban su narratividad, ayudaban a crear un relato de su propia historia, un relato siempre recomponible. Por lo tanto, un acceso continuo a los libros era una apuesta de movimiento, dando lugar a una reescritura constante de esta historia.

No obstante, dicha experiencia de la lectura no era propiedad de quienes leían con frecuencia. A los jóvenes que leían poco, los

fragmentos de relatos y las frases que encontraban allí y allá les permitían también elaborar de cuando en cuando este sentido.

La importancia vital de una dimensión ficticia, poética, lúdica, desde la edad temprana

La importancia de la lectura para construir un espacio donde descubrirse, buscarse y simbolizar la experiencia, de la que me hablaban mis interlocutores de forma espontánea, fue para mí una sorpresa, algo que no esperaba. Curiosamente, porque yo sabía mucho de eso, personalmente. En los años siguientes intenté profundizar en el análisis de dicha dimensión.

Seguí leyendo numerosos recuerdos de lectura de escritores y autobiografías de lectores de distintos entornos sociales y culturales y de generaciones distintas. Trabajé en colaboración con psicoanalistas y psicolingüistas que llevaban a cabo investigaciones sobre la lectura con niños muy pequeños. Podría resultar paradójico interesarse en los bebés a la hora de estudiar la lectura. No obstante, es lo que me permitió comprender mejor que la dimensión lúdica, poética y ficticia tenía una importancia vital desde la edad temprana y a lo largo de toda la vida. Para pensarse, poco a poco, como un pequeño sujeto distinto y para comenzar a formular su propia historia, un niño debe tener acceso a un lenguaje que no se limite a los nombres de las cosas y los seres, y a una relación mediatizada por intercambios gratuitos, la fantasía, las metáforas, las ficciones, algo fingido⁶ – bajo la forma de canciones de cuna, rimas, pequeños relatos, lectura de álbumes... Desde el principio de nuestra vida, no podemos quedar reducidos a seres biológicos, como tampoco a un lenguaje utilitario. Si un adulto que da de comer a un niño pretende únicamente alimentarlo, este gruñirá y girará la cabeza. Son el juego y la fantasía lo que da sabor a ese momento. Como ocurre en este episodio que evoca el escritor griego Yannis Kiourstakis:

Mi padre sentado sobre una silla, conmigo en sus rodillas, dándome de comer el postre en la boca, cantando a cada cucharada: ‘bebe el bey / bebe el agha / bebe el hijo del bey’ y haciéndome bailar. Esta cancioncita y la ceremonia

⁶ François Flahault et Nathalie Heinrich, «La fiction, dehors, dedans», *L'Homme*, 2005, 175-176, p. 10.

me habían cautivado a tal punto que solía negarme a comer si no las tenía⁷.

Interesarme en los niños pequeños me recordó que antes del libro estaba la voz, su prosodia, su ritmo, esa voz cuya modulación cambia según hablan al niño sobre la realidad cotidiana o se abandonan a la fantasía, a ese otro registro del lenguaje, inútil y esencial — y muy pronto, el niño es sensible a dicha modulación.

Desde la edad temprana, es fácil comprobarlo, el cuerpo se ve afectado al escuchar leer. A menudo la lectura tranquiliza, proporcionando esa expresión tan particular que observamos en la cara de un niño al leerle una historia. Patrick Ben Soussan evoca incluso a una pequeña prematura a la que su madre cada día le cuenta un poco del cuento de Maeterlink, *El pájaro azul*, acunándola. Y, para sorpresa de los cuidadores, todos los parámetros de control —presión, ritmo cardíaco, frecuencia respiratoria, saturación de oxígeno— se normalizan y se mantienen estables⁸.

Escuchar leer puede asimismo proporcionar vitalidad, suscitar movimiento: los niños pequeños que escuchan cuentos los interiorizan a menudo moviéndose⁹. Después de haber leído o escuchado una historia, algunos se apropian de ella a través de juegos y puestas en escena en las que, a su ritmo, crean una mezcla de las frases escuchadas y sus preocupaciones. Componen a su alrededor un espacio, un paisaje para buscarse, una geografía.

El arte de los mediadores culturales en los contextos críticos

Más allá de la primera infancia, algo vivo puede liberarse gracias a las palabras que uno ha transportado en sí mismo. Y algunas veces la energía liberada, recuperada, le da al lector la fuerza para escapar de un callejón sin salida en el que estaba inmovilizado. Al poco pude medir la importancia de este proceso dentro de los contextos críticos que empecé a estudiar. En efecto, pronto tuve la suerte de que mi trabajo tuviera buena acogida en otros países, en Europa y sobre todo en América Latina donde he sido invitada

⁷ Yannis Kiourstakis, *Le Dicòlon*, Lagrasse, Verdier, p. 92.

⁸ *La culture des bébés*, Ramonville, Erès, 1997, p. 50.

⁹ Es decir hasta qué punto es absurdo obligarlos a estar inmóviles en la primera infancia. A este respecto, véase Marie Bonnafé, *Los libros, eso es bueno para los bebés*, Barcelona, Océano-Travesía, y las publicaciones de la asociación ACCES.

en múltiples ocasiones desde hace veinte y cinco años. Y cada vez que intervenía en público, unas personas se acercaban al final y me contaban lo que ellas hacían.

Así, descubrí que en todo el continente existían sorprendentes experiencias literarias compartidas, que reunían a personas que habían vivido muy alejadas de la cultura escrita. Se trataba de lugares de “educación informal”, de talleres en los que la lectura de obras literarias y el arte jugaban un papel clave. Estaban diseñados para víctimas de catástrofes, poblaciones desplazadas, jóvenes desvinculados de las filas de la guerrilla o de los grupos paramilitares, drogadictos que vivían en las calles, niños víctimas de violencia intrafamiliar, mujeres con sus bebés en situación de gran pobreza, adolescentes detenidos... Los desarrollan docentes que intentan hacer algo fuera del marco académico habitual, o bibliotecarios, promotores de lectura, a veces psicólogos, artistas, narradores, etc. En estos talleres, las obras literarias no son tanto contenidos que analizar como una experiencia sensible, una conversación, un pensamiento en construcción. La mayoría permiten reencontrar el lazo primero entre el cuerpo y la voz, la simbolización, el decir, el pensar; un lazo que se perdió durante mucho tiempo en la enseñanza “tradicional”. Asimismo, permiten que se creen lazos entre el cuerpo y el entorno físico.

Cabe destacar que quienes impulsan dichos talleres no reducen a aquellos con los que trabajan a víctimas. Ninguna de las personas a las que seguí su trabajo lo considera un remedio, un atenuante: les sería insoportable verse reducidos a distraer y disciplinar a los habitantes de las zonas marginales. Con la literatura, pretenden actuar en un nivel mucho más amplio que es de orden cultural, poético, educativo y, en ciertos aspectos, político. Apuestan por el hecho de que en cada uno hay una parte de libertad, una vitalidad, una capacidad de dar un salto, de resistir, incluso una dimensión heroica. Con la ayuda de textos literarios, pretenden provocar un deseo, una búsqueda de otra cosa, llevar a hacerse preguntas, acercarse a lo real, afinar la sensibilidad, apropiarse de una lengua llena de matices.

La mayoría de quienes animan estos espacios están comprometidos con luchas sociales. Tienen un deseo de compartir, de justicia y una exigencia poética, como habría dicho Calaferte.

No impulsan dichos talleres únicamente porque lo escrito ocupa un lugar fundamental en nuestras sociedades. Lo hacen también porque sienten que lo que está en juego es la relación con el mundo. Se enfrentan a realidades muy difíciles y están convencidos de que la literatura es, simplemente, vital, y lo que observan al cabo del tiempo les ratifica en dicha convicción. Y en el momento en que nos encontramos cada vez más obligados, si defendemos las artes y las letras, a proveer pruebas de su rentabilidad inmediata o de su utilidad cognitiva, es bastante refrescante.

Su compatriota Antonio Cándido escribió un texto titulado *El derecho a la literatura* al que los promotores culturales se remiten en ocasiones. Cándido recordaba que ningún pueblo ni ser humano puede vivir, en la vida diaria, sin una dimensión poética, ficticia o dramática, sin la posibilidad de entrar en contacto con cierto tipo de fabulación. Para él, era algo como un *ritmo* vital, una puntuación. Y relacionaba la literatura con el sueño:

Como todos soñamos cada noche, nadie puede pasar veinticuatro horas sin momentos en los que entregarse a un universo fabuloso. El sueño asegura la presencia indispensable de dicho universo durante el dormir, independientemente de nuestra voluntad. Y durante la vigilia, la creación ficticia o poética (...) está presente en cada uno de nosotros, ya seamos analfabetos o eruditos, bajo la forma de anécdotas, aventuras, historietas, novelas policíacas, canciones populares...¹⁰

Por lo tanto, la literatura, en su sentido más amplio, correspondía, según Cándido, a “una necesidad universal que debe satisfacerse, y cuya satisfacción constituye un derecho”. Un derecho claramente socavado en la actualidad: un poco en todas partes, se pide a las instituciones educativas y culturales que desarrollen únicamente aquellos campos cuya utilidad se pueda medir a corto plazo.

Después de Cándido, otro brasileño, el psicoanalista Leopoldo Nosek dirá que las construcciones estéticas, culturales, son *el sueño cotidiano* de la humanidad, y que su ausencia nos destruye¹¹. “Hay pueblos que bailan más que otros, otros que pintan más, otros que

¹⁰ En portugués: *O direito a literatura* https://edisciplinas.usp.br/pluginfile.php/4208284/mod_resource/content/1/antonio-candido-o-direito-a-leitura.pdf. En español: *El derecho a la literatura*, Bogotá, Asolectura, 2013.

¹¹ «Dor, forma, beleza», *Folha de São Paulo*, 30/8/2005.

hacen más teatro, pero no hay ningún pueblo que no tenga una dimensión lírica, ningún pueblo que viva y crezca sin poética”¹². La cultura, en el sentido amplio de la palabra tiene, según dice, “la función del sueño que nos humaniza, y llena nuestra vida de significación y de sentido”. Pero mientras que el sueño es una creación individual, que tiene sentido solo para cada uno – si es que lo descifra –, la obra de arte se puede compartir, aunque sea singular. Siempre y cuando alguien sepa hacer deseable su apropiación mediante todo un arte de hacer, de mediar.

He visto poner en práctica dicho arte en varios contextos críticos y voy a poner dos ejemplos de Argentina. Por un lado, una experiencia llevada a cabo en Patagonia, en unas mesetas áridas donde soplan los vientos más fuertes del mundo. En Las Heras, «no hay nada» dicen los jóvenes de allí, tan solo balancines del petróleo y estas ráfagas de viento. Imaginen un paisaje sin un solo árbol, sin un solo pájaro en decenas de kilómetros a la redonda. No obstante, allí viven 20.000 personas, muchas de las cuales son hombres de comunidades indígenas que han recorrido miles de kilómetros en busca de trabajo. Una parte de ellos hicieron venir a sus familias, luego muchos perdieron su empleo. En los años que siguieron, hubo jóvenes que se suicidaron, y fueron tan numerosos que la prensa nacional se alarmó de estos “suicidas del fin del mundo”.

Por lo tanto, en Las Heras no había «nada», ningún movimiento en las calles, ni un cine, pero sí una plétora de burdeles y bares. Hace unos doce años, los mediadores del grupo *Puentes Culturales del Viento* viajaron allá para abrir otros espacios, «espacios con orillas», en sus propias palabras: un café literario – y empezaron contando a los adolescentes que se acercaron las historias de estos cafés en Buenos Aires, Madrid o París; también talleres en los cuales se impuso la necesidad de trabajar la relación con los lugares y con el cuerpo.

Se definieron temas, el paisaje de la meseta, el viento, la tierra, y en relación con cada tema, se propuso todo un conjunto de actividades. La lectura de textos literarios siempre aportó lo suyo, en diálogo con las imágenes, como disparador de la escritura de poemas o para suscitar un clima.

¹² Intervención en las Conversas ao pé da página, Sao Paulo, 2012.

El taller del viento ha sido diseñado “para mirar su propio lugar con el sentimiento de extrañeza que puede aportar la poesía, para ser sorprendido y descubrir matices insospechados en la vida cotidiana”¹³. Múltiples sonidos, gestuales, imágenes, lecturas, puntuaron las sesiones. Por ejemplo, se leyó en voz alta un poema de la tradición oral aymará y se les propuso a los jóvenes elegir uno o dos versos para elaborar su propio poema sobre el viento en Las Heras. El poema aymará hablaba del amor, los adolescentes se lo apropiaron para escribir y recomponer textos donde se trata de encontrar un lugar en el mundo, tal como ese chico de 16 años que escribe:

Viento majestad.
¿Dónde está mi casa?
Viento de tormenta.
Llévame a mi lugar.
Viento sabio.
Llévame a sus labios [...]
Viento que todo lo ves.
Lleva mi mensaje.

Pienso en los que llevaron a cabo estos *Puentes culturales del viento*, particularmente en una universitaria, Ani Siro, que algún día quiso probar un camino distinto. También en dos muchachos, Javier Maidana y Martín Broide, siempre en movimiento, siempre en el camino, militantes, inventivos, con mucha energía. En los talleres, reintrodujeron el cuerpo sensible, jugando o bailando. La disponibilidad corporal apareció como algo previo indispensable al trabajo de escritura y de lectura¹⁴. Se inspiraron en el *butoh*, esa danza japonesa cercana a la performance, para invitar a los adolescentes a “desvestirse” del cuerpo cotidiano, a dejar caer los gestos estereotipados, automáticos, a fin de que aflore otro cuerpo “más permeable, que lance un puente entre las sensaciones y las palabras”. Primero, colectivas y sorprendentes, las consignas llevan a cada uno a momentos más íntimos, a jugar a ser fuego, animal o roca, a caer, levantarse, hablar en lenguas inventadas. Los coordinadores mismos se lanzan al juego, al tiempo que procuran ofrecer un clima de confianza, que permitirá “transformarse con palabras escritas”.

¹³ Ani Siro, Martín Broide et al. , *Puentes en el viento. Jóvenes, artes, escuela y comunidad*, Buenos Aires, inédito.

¹⁴ Ibid.

Al escucharlos, tomé consciencia de que lo que está en juego con la literatura y el arte es también una forma de sentirse en un lugar, de experimentar una sintonía entre el cuerpo y lo que lo rodea.

Quizás sea ante todo esta sintonía lo que buscaba Mirta Colangelo, una “educadora por el arte” argentina, que era poeta en todo lo que hacía. Comenté su trabajo varias veces en mis libros, pero es tan delicado que vale la pena evocarlo de manera repetida. Durante once años, Mirta animó en Bahía Blanca un taller literario y artístico en un Patronato de la Infancia al que eran enviados niños y niñas de los siete a los catorce años, por decisión de los tribunales. Provenían de familias pobres, numerosas, rotas. Ellos leían y escribían con dificultad y no encontraban ningún placer en estas actividades. Estaban incapaces de sostener su atención, hablaban todos a la vez.

Mirta se acordó del gran pedagogo Paulo Freire – otro brasileño. Evocando su infancia, Freire decía que había leído el lenguaje del árbol de mango en las diferentes estaciones, el de las ramas, la voz del viento, tantas otras cosas, y esa lectura del mundo le había facilitado el acceso a la lectura de la letra. Mirta llevó a los niños afuera del Patronato en unos parques o en las orillas del mar para hacer lecturas de “lenguajes no verbales” y la cito:

El del tilo, que se lee con los ojos en otoño y con la nariz en primavera. El de las violetas, que nos regalan en invierno ramitas para todos. O el de los barcos de papel, en los que los chicos escriben buenos deseos y siempre echamos a navegar en el cordón de la vereda durante los días de lluvia. Nos quedamos en silencio cuando pasan los loros de chillido verde o los benteveos en contrapunto. Los escuchamos¹⁵.

Se cruzaron diferentes artes, diferentes lenguajes. Una multitud de reproducciones iluminaron las paredes, pudieron hojear libros de pintura. Ella leyó muchos mitos y poesías. Poco a poco los niños se lanzaron a escribir *coplas*, esmerándose mucho en ellas. Recrearon obras pictóricas mediante copia o *collages*, utilizando materiales que encontraban en las playas o jardines. Fabricaron unos libros, todos diferentes, puesto que “cada ejemplar es único y no se repite, como

¹⁵ Mirta Colangelo, En el cielo te leen poesía, en el infierno te la explican, Conferencia en el VI Congreso internacional de lectura, 29ª Feria internacional del libro de Buenos Aires. Véase también <http://www.imaginaría.com.ar/20/7/arte-de-los-chicos.htm>

la vida”, y todos magníficos. Los presentaron al público en el Museo de Arte Contemporáneo de Bahía Blanca y Mirta me escribió para narrármelo:

Los chicos leyeron textos, pasamos un CD con imágenes de los libros, ya que como cada uno es único creí oportuno que se pudieran conocer por lo menos unas cien -están fantásticas-, escuchamos música de cámara y repartimos plumas de loros y de palomas como souvenirs. Las habíamos juntado con los niños en un parque el domingo anterior. ¿Sabías que las cambian en otoño y se pueden encontrar debajo de los eucaliptos donde suelen dormir?

Más allá de estos ejemplos, un arte parecido vuelve a surgir en contextos críticos. La escucha, la calidad de la presencia, la atención minuciosa y personalizada, parecen fundamentales. Estos facilitadores culturales están convencidos de que cada uno tiene algo que ofrecer, una historia que contar. Se le muestra a cada uno una confianza en sus capacidades, sus competencias, y sus formas de expresión están valorizadas, a diferencia de lo que ocurre en un marco educativo clásico cuando los docentes identifican más bien lo que no está correcto en la producción oral o escrita de los alumnos. Se respetan los ritmos y las pertenencias culturales propias de unos y otros. Y, cuando es posible, se invita a las familias, asociadas a un momento o a otro.

En estos talleres, los niños, los adolescentes y también los adultos son considerados en su dimensión sensible, psíquica, física, y no solo cognitiva. Todos conjugan lo oral y lo escrito, y la voz está en el centro de la mayoría de los programas. Pero, más allá de la importancia otorgada a la oralidad, numerosos mediadores descubren la necesidad de tocar a la vez varios registros sensibles, de solicitar el cuerpo. Suscitar idas y venidas entre lo sensible y el lenguaje, permitir recobrar, tras un texto, una “tierra adentro” de sensaciones, de emociones, un movimiento, un ritmo. Se esfuerzan en afinar la sensibilidad, en aguzar la atención, en estimular la creatividad. En provocar una postura activa, una visión personal, distintos puntos de vista, en inducir a pensar de forma original y fuera de lo común.

Si este enfoque facilita la reconciliación con los aprendizajes, los desafíos van mucho más allá. El trabajo en el taller estimula la actividad psíquica, el deseo, las ensoñaciones, el pensamiento. Da

confianza a los participantes, les desinhibe. Los que tenían un desempeño pobre en la asignatura de lengua llegan a descubrirse en ocasiones como valientes y escriben frases muy fuertes; los tímidos toman la palabra y nadie se ríe. Los participantes prestan atención los unos a los otros, se inspiran los unos en los otros. Son más cercanos, cariñosos, solidarios – incluso los chicos y las chicas, en grupos en los que antes apenas estaban mezclados.

Se apropian de textos que realmente interiorizan, se familiarizan con unos lugares culturales. No necesariamente se convertirán en grandes lectores ni irán a museos con regularidad, pero esos objetos y lugares ya no les dan miedo. Saben que también son suyos.

Hay otra cosa que me sorprendió al observar los mediadores culturales de distintos países: muchos salen y recorren el espacio con los participantes, como Mirta Colangelo. Con la ayuda de leyendas, poemas, ilustraciones, abren este espacio real sobre un otro lugar, geográfico, histórico o mitológico. Si no salen, presentan a los niños o a los adolescentes el mundo que les rodea de forma poética. Poco a poco, el vínculo con estos lugares se recompone mediante la apropiación de fragmentos de textos o de imágenes que los participantes transforman en una especie de tejido de palabras, historias y fantasías que se interpone entre lo real y ellos.

De esta forma, he llegado a pensar que la literatura, oral y escrita, como también las prácticas artísticas a las que se suele asociar la lectura en estos talleres, son componentes esenciales del arte de habitar. Habitar, escribió el arquitecto Henri Gaudin, es “disponer cosas a nuestro alrededor. Absorber la distancia respecto a la extrañeza de lo que es exterior a nosotros. Tratar de salir de la angustia mental que provoca la incomprendibilidad inherente a lo que está fuera de nosotros”¹⁶. Domesticar el exterior, para sentirnos menos perdidos. Pues bien, para que el espacio sea representable y habitable, debe contar historias, tener todo un espesor simbólico, imaginario, legendario. Sin relatos – aunque no fuera sino una mitología familiar, algunos recuerdos contados por los padres –, el espacio se quedaría allí, indiferenciado, sin que podamos habitarlo realmente.

¹⁶ Henri Gaudin, «Embrasure», en: *Villa Gillet*, 5, nov. 1996, «Récits d'espace», p. 22.

En los contextos críticos, la construcción o reconstrucción de sí mismo, y de los vínculos sociales, se produce también a través de esta nueva presentación poética del mundo, del espacio, gracias a unos textos y al contacto con unas obras de arte, para que esta ciudad o estos campos, alrededor de sí, puedan ser soñados – dimensión sin la cual no se los podría habitar.

“Del mundo, hemos desecho el canto”

Estos últimos años no he llevado a cabo ninguna investigación, pero he seguido dando conferencias en distintos países. Como se me considera una especialista en espacios en crisis, varias veces me han pedido que hable sobre los refugiados o los migrantes, cuando mi competencia para ello es escasa. Ello me llevó a prestar atención a diversas experiencias de educación artística y cultural dirigidas a exiliados en el sur de Europa y en Francia. Dicha educación supone conjugar una práctica artística o literaria, un vínculo sensible con obras de ayer y de hoy, una reflexión sobre lo vivido y una apropiación de conocimientos de múltiples disciplinas relacionadas con las obras. Un planteamiento muy cercano al desarrollado en los talleres que he estudiado al otro lado del Atlántico. Sin conocerse, quienes los impulsan practican, a un lado y otro del océano, un mismo arte de hacer y tienen unos resultados parecidos.

Pensar en el exilio me ha llevado asimismo a reflexionar sobre la transmisión cultural, socavada en numerosos lugares, y me gustaría hablar un poco de ello. Voy a utilizar de nuevo un ejemplo de Yannis Kiourstakis, recordando los momentos en los que su padre le contaba de Creta donde había pasado su propia infancia. El padre evocaba todo un universo oriental de colores fuertes que no se parecía en nada al que el joven Yannis conocía, pero que “era tan real como el mundo que yo podía tocar: las casas, los barrios, los lugares en los que vivía; era un mundo que completaba y prolongaba el mío y en el que me parecía que yo también ya había vivido”¹⁷.

Ese mundo invisible «tan real como el mundo que se puede tocar» y que lo completa, son las culturas orales más que escritas, que durante largo tiempo han permitido construirlo. De esas culturas orales, los adultos han aprovechado canciones, cuentos, historias para presentar el mundo a los niños y a los adolescentes

¹⁷ Yannis Kiourtzakis, *Le Dicolon*, Verdier, p. 97-99.

de forma poética. Para darle ese espesor narrativo, legendario, imaginario del que hablaba hace un momento. Para que los niños puedan relacionar su experiencia singular con representaciones culturales, transformar los acontecimientos de su vida en algo que tenga un sentido y una belleza que ellos pudiesen compartir. O, al menos, esos adultos, como el padre del pequeño Yannis, evocaban historias, anécdotas, recuerdos personales, en un lenguaje que difería de los intercambios ordinarios. Un lenguaje más narrativo, más cuidadoso, o más poético, más rítmico. Un lenguaje casi cantado.

Tomaré otro ejemplo que he citado en distintas oportunidades en los últimos años porque me ha interesado mucho¹⁸. Nos viene de una película documental, *El idioma de Zabra*, realizada por una mujer, Fatima Sissani, a partir de darse cuenta sus hermanas y ella de hasta qué punto la lengua que hablaba su madre no era un mero instrumento de comunicación, sino que tenía muchas otras dimensiones. Fatima, que vino a Francia de niña, explica:

Los Kabylas existen, ante todo, por la palabra. Cada gesto, cada instante de su mundo cotidiano puede dar lugar a una lengua de versos, de metáforas, de proverbios... En esos contrafuertes montañosos, de los cuales ellos son huéspedes, los torneos de oratoria eran un ejercicio corriente.

Una realidad que uno se representa con dificultad cuando se sumerge en la sociedad de inmigración en la que esos hombres y mujeres a menudo analfabetos son exclusivamente relegados al rango de obreros y de amas de casa... Nos cuesta imaginar a los narradores que surgen cuando vuelven a su lengua.

Esta realidad, la he presentado. He entendido toda su dimensión filmando a mi madre, su mundo cotidiano y su historia.

He visto, fascinada, una mujer abrazada a su lengua de manera indefectible. Una mujer desvelando una oralidad transmitida de generación en generación. Una lengua derramando elocuencia y poesía para hablar de la infancia bucólica, del exilio, de la pobreza... Esta lengua es el último equipaje que miles de inmigrantes kabyles han llevado consigo¹⁹.

¹⁸ Michèle Petit, *Avant le langage, le chant ?*, Coloquio «Bilingüismo y diversidad cultural» organizado por ACCES en el contexto del Año Francia-Colombia (Casa de América Latina, París, 19/10/2017).

¹⁹ Cf. <http://lalanguedezahra.blogspot.fr>. Véase también <https://vimeo.com/15251885>

“En su lengua, son oradores y poetas. En la lengua de la inmigración, son cojos y mano de obra”, dice Fatima. Ella estaba “cansada de la mirada de la sociedad francesa sobre la primera generación de inmigrantes. Fatigada de ver hasta qué punto esta ignoraba la cultura de la que estas gentes eran portadoras. Ellos eran percibidos como indígenas sin cultura”²⁰. Sin embargo, eran depositarios de una civilización milenaria. Su madre se había negado a aprender el francés, porque había vivido dolorosamente el exilio que le había sido impuesto por la pobreza y por su marido. Pero no había dejado nunca de hablarles a sus hijos: “Mi madre nos ha construido gracias a la lengua Kabyle”, dice Fatima. Esta lengua era “una biblioteca viviente que ha acunado nuestra vida familiar”.

Durante un verano en Kabylia, ella ha filmado a su madre y a sus amigas y se les ve improvisar poemas colectivos cuando recogen el heno, interpelar a la montaña, a la perdiz, al halcón, a los ancestros. Estos poemas las relacionan con el universo que las circunda, con el mundo natural, con lo sobrenatural. Contemplando el paisaje, una mujer dice: “Esas montañas son nuestra vida, nuestra alma”.

La película muestra también como esta lengua permite transformar las preocupaciones y tristezas en belleza: “Tan pronto algo me preocupa, le encuentro un poema”, dice una joven mujer. “Es una manera de no olvidar lo que tú has pasado. El poema se convierte en un apoyo. Los que componen son los que sufren. Cuando los recito, me siento mejor. Terminar un poema me llena de dicha”. Así pues, el poema no solo aligera el sufrimiento, sino que “llena de dicha”. Tiene un poder de transfiguración.

“Cuando ella nos hablaba, era como un canto” dicen Fatima y sus hermanas. En distintas latitudes, es una lengua que “era como un canto” la que daba sentido al universo, que lo ordenaba y proporcionaba a cada uno un lugar. Por lo demás, antes del escritor, fue el aedo con su lira, o el *griot*, o sus equivalentes. Antes del lenguaje, quizás el canto: unos paleoantropólogos han sugerido, en efecto, que nuestros lejanos antepasados habrían cantado antes de hablar. O bien que el proto-lenguaje y la proto-música habrían estado originariamente fundidos en un solo medio²¹. Todo lo que se

²⁰ Entrevista con Fatima Sissani, 9 /5/2012. <http://www.berberes.com/culture/3414-le-kabyle-la-langue-de-zahra>

²¹ Cf. Francis Wolff, *Pourquoi la musique*, Paris, Fayard, 2015, p. 25. Wolff se refiere al artículo de

puede saber del origen del lenguaje “– y que es muy poco – indica siempre la precedencia del canto o de lo cantado”²² dice Jean-Christophe Bailly.

Sin embargo, “del mundo, hemos desecho el canto” como lo dice Zahia Rahmani. En Francia, a los exiliados se les ha pedido durante mucho tiempo que dejaran en el armario la cultura y la lengua en la que habían crecido, de limpiarse de allí de dónde venían para ceñirse a la razón económica imperante y abrazar una supuesta “identidad francesa”. “En Francia, estábamos emergiendo de un vacío, de una procedencia sin genealogía y si llegábamos a ser acogidos sería a costa de esa negación”²³ escribe Zahia Rahmani, exiliada cuando era pequeña en un campo dónde estaban reagrupados antiguos soldados indígenas de la armada francesa, como su padre. De niña, ella había buscado leer, aprender sobre su país de nacimiento y no había encontrado nada. Felizmente, su madre, como la de Fatima Sissani, transformó el país perdido de la infancia en una “tierra fértil y luminosa” con sus relatos en los que evocaba la epopeya familiar y todo el universo natural y fabuloso que la rodeaba²⁴.

Esto no es tan frecuente. En los años 1990, cuando yo hacía entrevistas con hijos de inmigrantes, les preguntaba siempre si recordaban leyendas, historias o memorias que sus padres les hubiesen contado. Era muy raro e impreciso. En el exilio, mucha gente olvida las historias que les fueron transmitidas, o les parece que estas pertenecen a una época que no tiene razón de ser. O bien los niños se apartan de lo que los padres tratan de contarles, casi les da vergüenza, porque esto no les aporta ningún reconocimiento. La evocación de la saga familiar no es para nada cómoda, puede comportar páginas oscuras que han sido vividas como traumatizantes. Tanto es así que, en muchas familias, las madres han dejado de transmitir una lengua portadora de mitologías y de poesía. Y los padres se han quedado callados, sobre todo sobre los capítulos oscuros de la historia que habían vivido.

Steven Brown en: Nils Wallin, Björn Merker & Steven Brown, *The Origins of Music*, MIT Press, 2000.

²² *Passer, définir, connecter, infinir*, Paris, Argol, 2014, p. 105.

²³ *France Récit d'une enfance*, Paris, Sabine Wespieser 2006, p. 37.

²⁴ Cf. «Pays de réserve», en: *Made in Algeria. Généalogie d'un territoire*, MUCEM, Marsella, 2016, p. 11-12.

De una manera más amplia, en muchas familias, la lucha por la supervivencia, o el trabajo, acapara el tiempo cotidiano. Llega un momento en el que el lenguaje ya no sirve más que para la designación inmediata de los seres y de las cosas, O para dar órdenes, pedir o exigir. En estas familias, a los niños les falta una etapa decisiva para integrar los diferentes registros de la lengua: aquella en la que, muy temprano, uno está iniciado en un uso de las palabras tan vital como “inútil”, gratuito, muy cerca de la vida, de las sensaciones, de las emociones, del placer compartido; muy lejos del control y de la calificación. Les faltan también estas palabras, estas metáforas, estos relatos un tanto fabulosos, que les ligan a la montaña, a las estrellas, a las riveras o a la ciudad, y a otros habitantes de la tierra, perdices, halcones o antílopes. Les falta todo este tejido de palabras, de proverbios, de historias, de fantasías, que podrían interponer sin darse cuenta entre lo real y ellos. Ningún mundo de ficción completa el mundo real donde se encuentran y que no les dice nada. O sólo les significa rechazo y humillación social si viven en unos barrios relegados, estigmatizados.

Solo ahora medimos hasta qué punto fue perniciosa la crisis de la transmisión en una parte importante de las familias exiliadas o desplazadas. Lo mismo que el desconocimiento de la historia y el silencio sobre sus páginas dolorosas. Muchos jóvenes se sienten “desarraigados”, ajenos al mundo y a los lugares donde viven – en Europa como en América, desde Canadá a la Patagonia, para aquellos, originarios de comunidades autóctonas, que se encuentran relegados en los márgenes de las ciudades.

Con respecto a esto ya es hora de suscitar reencuentros con culturas orales perdidas, de dar forma y lugar a todo un patrimonio que no sea solamente el de las culturas “dominantes”. Ya es hora de recoger palabras y escritos, constituir archivos, escribir la historia cultural de la inmigración y no solo la historia política y económica. Multiplicar los lugares en los cuales se pueda intercambiar con los que llegan, en vez de notificarles que tienen que dejar todo eso en el guardarropas. Es el momento de crear foros para acoger la palabra de los migrantes, donde puedan hacer revivir sus cuentos, sus epopeyas, sus cantos. No para encerrarlos ahí, no para asignarlos a quién sabe cuál identidad comunitaria, sino para aprender del otro

y escuchar historias múltiples, compartir y dar a todos el deseo de apropiarse también de otras culturas, otros relatos.

Hay otra cosa que se suele perder en el exilio: el vínculo con la naturaleza, la cercanía física de un cerro, de un río con sus riberas, de mil formas de existencia animal o vegetal; y la fuerza de su presencia en el universo simbólico, en los relatos, los mitos, los cantos. Lo vimos en el ejemplo Kabyle de hace un momento. Las culturas tradicionales vinculaban a lo que llamamos naturaleza, montaña, perdiz, halcón, tanto como vinculaban a los ancestros. Anclaban en una cosmología y extendían puentes entre el mundo real y el sobrenatural. Los humanos estaban “más preocupados en armonizarse con el mundo que en acceder a su posesión”²⁵, como decía Georges Balandier.

En nuestras sociedades tan desencantadas, es la razón técnica, utilitaria, comercial, la que domina. Ya no hay la proximidad poética y mítica con el mundo. La pertenencia se reduce poco o mucho a la identidad social, mejor dicho a la posición social, realmente a la distribución social, largamente determinada por el estatus económico, el color de la piel, el género, el barrio donde uno se ha acomodado.

La relación con las cosas es de puro consumismo, incluyendo, en gran medida, a los animales y los paisajes: es una depredación; los aniquilamos, los talamos. Por todas partes, los paisajes han sido devastados por la depredación de las industrias extractivas, por grupos agroalimentarios o por la gran distribución, y por un urbanismo sin alma. La destrucción de los habitantes de la Tierra alcanza proporciones demenciales: el 58% de vertebrados han desaparecido en cuarenta años²⁶. ¡Cuántos pueblos han perdido sus territorios, sus lenguas, sus culturas, sus ellos mismos! Pienso en Davi Kopenawa, un chamán yanomami, quien decía: “Los blancos destruyen la selva porque no saben soñar. Si los blancos pudieran, como nosotros, escuchar palabras distintas a las del comercio, sabrían mostrarse generosos y serían menos agresivos con nosotros”²⁷. Pienso también en el escritor Jean-Christophe Bailly,

²⁵ *Civilisés, dit-on*, Paris, PUF, 2003, p. 202.

²⁶ «Effondrement de 58% des populations de vertébrés en 42 ans», *Sciences et Avenir*, 27/10/2016. https://www.sciencesetavenir.fr/nature-environnement/effondrement-de-58-des-populations-de-vertebres-en-42-ans_107733

²⁷ Davi Kopenawa et Bruce Albert, *La Chute du ciel. Paroles d'un chaman yanomami*, Paris, Plon,

quien evoca la “necesidad de un movimiento hacia las cosas, que no sea el de la complacencia, la pérdida y la ganancia, sino el cuidado, la consideración, el asombro”, “la idea de la atención, de una escucha concienzuda, inquieta”. “Esta escucha y su tensión existían por todas partes en el mundo de las tradiciones (...), pero en todas partes también, los hombres de hoy, y esta sería su característica, se han vuelto distraídos, desatentos, impacientes”²⁸.

Este sería uno de los desafíos, y no de los menores: el de cultivar la atención, la escucha, la capacidad de soñar, con ayuda de la literatura y el arte. La mayoría de los niños sueñan todavía, experimentan asombro por las cosas, quieren explorar el mundo, su infinito, sus misterios. Como lo escribe Pierre Péju, el niño “es espontáneamente astrónomo y físico, botánico y mineralogista, coleccionista e investigador. Existe, en el corazón de los niños, una disposición enciclopedista salvaje que es su amor por el mundo”²⁹. Esta disposición, hay que sostenerla, pues es el amor por el mundo lo que les dará, más adelante, el deseo de protegerlo, de cuidarlo³⁰.

Para los niños, aún más que para nosotros, pertenecer no es solamente formar parte de una familia, por fundamental que esta sea, de su salón en la escuela, de su grupo étnico o social, o de un país. Hay algo más grande. “El niño soñador conoce la ensoñación cósmica, aquella que nos une al mundo”, decía Bachelard³¹.

Tal vez los adolescentes y los adultos necesiten, ellos también, más de lo que creen, de esta “ensoñación cósmica” que los relacione con el mundo. Robert Harrison dice que el desarraigo general nos convierte a cada uno de nosotros en una especie de refugiado³². Pensemos simplemente en el éxito que tienen actualmente, en muchos países, los libros dedicados al mar, a los árboles, a los pájaros. Pensemos también en esta renovación del lirismo de la que habló Michel Collot, ya que con la modernidad resultaba “indecente

Terre humaine, 2010. Citado en https://www.lemonde.fr/livres/article/2010/11/11/retour-aux-sources-de-francoise-heritier-et-la-chute-du-ciel-paroles-d-un-chaman-yanomami-de-davi-kopenawa-et-bruce-albert_1438455_3260.html

²⁸ Jean-Christophe Bailly, *L'Elargissement du poème*, Paris, Bourgois, 2015, p. 201 (a propósito de diversas corrientes artísticas contemporáneas como el *arte povera*).

²⁹ Pierre Péju, *op. cit.*, p. 118.

³⁰ Lo decía Hannah Arendt...

³¹ Gaston Bachelard, *La poétique de la rêverie*, Paris, PUF, 1999, p. 92.

³² Robert Harrison, *Forêts: essai sur l'imaginaire occidental*, Paris, Flammarion, 1992, p. 337.

cantar en un mundo por siempre desencantado”³³. Marielle Macé nos recuerda que “...estos seres que hoy en día piden con tanta vehemencia que se les trate de otra manera, como los pájaros, pero también los vientos, los ríos, los bosques, los fantasmas... son las muy antiguas *cosas líricas*”³⁴. Y que aquí “la poesía es muy sabia”. Por lo demás, casi en todos lados la ecopoética está asimismo en pleno auge.

El canto, como la poesía, y más allá la literatura, oral y escrita, permiten sentirse vinculado a algo mucho más grande que uno mismo. No porque unos textos edificantes inserten en una comunidad nacional encerrada en sus fronteras, sino porque lo que se encuentra en la literatura y en el contacto con las obras de arte, desde la infancia, puede ser, insisto, un acorde con lo que nos rodea, en el sentido musical del término. Como si los lectores volvieran a descubrir ese acorde lírico con el mundo que la modernidad ha combatido, viendo una ilusión. Porque, cuando digo “lo que nos rodea”, es algo que va más allá de la familia, de los allegados o incluso de la sociedad de los humanos. También se refiere al mundo, al cielo con sus astros, al océano, al monte, la selva, la ciudad, los animales. Lo que se encuentra es una cierta armonía momentánea con todo esto: un sentimiento de pertenencia, una sensación de habitar, de encontrarse en su lugar.

Lo que uno siente de vez en cuando, al escuchar o leer textos literarios, es asimismo cierta armonía con el mundo interior, consigo mismo. Ello amerita nuestra completa atención en una época en la que tantos jóvenes se sienten disonantes, desencajados, incluso extraños al mundo. Pues, si este sentimiento nace de su exclusión social, también puede suceder que, para una parte de ellos, sea a causa de una falta de transmisión cultural y de la ausencia de una lengua un poco melodiosa, dotada de calidad literaria que permita que el mundo sea más habitable.

Todo aquello que he estudiado desde hace treinta años me ha convencido de la importancia vital de una lengua que no se reduzca a la utilidad ni a la designación inmediata de las cosas y los seres, que no se reduzca a los eslóganes, a la lengua estereotipada, a los

³³ Michel Collot, *Le Chant du monde dans la poésie française contemporaine*, Corti, 2019.

³⁴ «Comment les oiseaux se sont tus», *Critique*, Vivre dans un monde abîmé, 860-861, janv/fév. 2019, p. 17.

lugares comunes. Todo ello me ha convencido de la necesidad de una lengua, como dice Olivier Rolin, “vasta, compleja, matizada, a la vez popular y seria, capaz de expresar todos los aspectos del pensamiento, sentimientos, sensaciones. Una lengua capaz de hacer ver, tocar, sentir”³⁵. Una lengua que permita prestar algo más de atención al mundo y quienes lo habitan, y soñar con ellos. La lengua de la literatura, por supuesto. Es por esto que ahora me paso el tiempo recordando que no somos solamente variables económicas más o menos adaptadas a las exigencias neoliberales. Tampoco nos limitamos a nuestros roles sociales, por fundamentales que sean. Somos también, o somos, quizá ante todo, animales poéticos, animales narrativos. “Ante todo” puesto que los humanos han creado obras de arte desde hace más de 30.000 años, mucho antes de inventar la agricultura o la moneda. Como lo escribe Juan Villoro, “al ser humano nunca le ha bastado cazar un bisonte: necesita representarlo”³⁶. Y necesita representarlo de una manera que le parezca estética, o disfrutar de representaciones dotadas de belleza, creadas por otros. Lo utilitario no nos basta jamás.

Para finalizar, citaré a la gran psicoanalista argentina Silvia Bleichmar. Durante la crisis que golpeó duramente a su país a principio de los años 2000, le enfurecía ver cómo una gran parte de sus compatriotas y sus hijos se vieron reducidos a seres biológicos. Y ella recordaba:

No podemos decirles a los chicos que tienen que ir a la escuela porque así se ganarán la vida. [...]. Tenemos que terminar con esta idea que les planteamos a los chicos de que el único sentido de conservar su vida es para que trabajen y sobrevivan: el sentido de conservar su vida es para producir un país distinto en donde puedan recuperar los sueños. Y la escuela es un lugar de recuperación de sueños, no solamente de autoconservación³⁷.

Muchas gracias a cada una y cada uno de ustedes que dará a los niños y a los adultos una mayor oportunidad de apropiarse de la cultura escrita sin la cual es tan difícil, hoy, hacer un camino y

³⁵ Olivier Rolin, «À quoi servent les livres?», Conferencia dada en Sudán <http://blogs.mediapart.fr/blog/gwenael-glatre/120411/quoi-servent-les-livres-par-olivier-rolin>

³⁶ La desaparición de la realidad, *Reforma*, 10/2/2017. <https://www.reforma.com/aplicacioneslibre/preacceso/articulo/default.aspx?id=106799&urlredirect=https://www.reforma.com/aplicaciones/editoriales/editorial.aspx?id=106799>

³⁷ Silvia Bleichmar. Violencia social – Violencia escolar. De la puesta de límites a la construcción de legalidades. «Subjetividad en riesgo: Herramientas para su rescate», *Noveduc*, 2012, p. 132.

defender sus derechos. También, y es algo igualmente valioso, por darles una oportunidad de vivir unas aventuras sensibles que les permitirán recuperar sus sueños.

Y muchas gracias por haberme escuchado.

Referências

- BACHELARD, G. *La poétique de la rêverie*. Paris: PUF, 1999.
- BAILLY, J-C. *Passer, définir, connecter, infinir*. Paris: Argol, 2014.
- BAILLY, J-C. *L'Élargissement du poème*. Paris: Bourgois, 2015.
- BAILLY, J-C. Athènes par ses fenêtres. In: ANDREADIS, I. *Fenêtres sur Athènes*. Atenas: AGRA, 2016, p. 10.
- BALANDIER, Georges. *Civilisés, dit-on*. Paris: PUF, 2003.
- BEN SOUSSAN, P. *La culture des bébés*. Ramonville: Erès, 1997.
- CANDIDO, A. *El derecho a la literatura*. Bogotá: Asolectura, 2013.
- COLLOT, M. *Le Chant du monde dans la poésie française contemporaine*, Corti, 2019.
- FLAHAULT, F. ; HEINICH, N. La fiction, dehors, dedans. Français: *L'Homme*, n. 175-176, p. 7-18, Juil-Sept 2005. DOI <https://doi.org/10.4000/lhomme.1828>. Disponível em <https://journals.openedition.org/lhomme/1828#quotation>.
- HARRISON, R. *Forêts: essai sur l'imaginaire occidental*. Paris: Flammarion, 1992.
- KIOURSTAKIS, Y. *Le Dicôlon*. Lagrasse: Verdier, 2011.
- RAHMANI, Z. *France Récit d'une enfance*. Paris: Sabine Wespieser, 2006.
- WINTERSON, J. *Pourquoi être heureux quand on peut être normal?* Paris: Ed. de l'Olivier, 2012.